



LA
DEL CONCHA
DIABLO

José María Esteva

Introducción de

Leonardo Reyes Siloa

PRESENTACIÓN

A inicios de la segunda mitad del siglo XIX, en 1855 para ser exactos, llegó a la ciudad de La Paz el señor José María Esteva, comisionado como Visitador de Rentas por el gobierno del presidente de México, Ignacio Comonfort.

Durante su estancia en Baja California Sur, tuvo la oportunidad de conocer a los funcionarios de esa época y enterarse de los problemas políticos y económicos que se daban en la región, así como el grado de desarrollo cultural de la población peninsular.

Precedido de experiencia política, ya que ocupó cargos públicos en Veracruz su estado natal y en la ciudad de México, pronto intervino en los asuntos internos del Territorio llegando a formar parte de un Concejo de Gobierno, designado por el Jefe Político general José María Blancarte. El 11 de septiembre de 1855 Esteva, junto con otros personajes de la ciudad como el mismo Blancarte, Manuel Amao, Ulises Urbano Lassépas y Antonio Santiestevan, firmó el acta de adhesión al Plan de Ayutla que desconocía al general Ignacio López de Santa Ana como presidente de la República.

En el periodo del 7 de enero al 16 de febrero de 1857, Esteva ocupó el cargo de Jefe Político en su calidad de primer vocal del Concejo de Gobierno. Lo sustituyó el teniente coronel Francisco Canto, quien también duró poco tiempo al frente del gobierno territorial.

A mediados de ese año regresó al interior de la República siempre con su cargo de Visitador General de Rentas. Durante el gobierno de Maximiliano de Habsburgo ocupó diversos cargos y años después, en 1901, fue Inspector General de Instrucción Pública del Estado de Veracruz.

José María Esteva fue un escritor de reconocido prestigio que incursionó en la poesía y en la novela. Aparte de su extensa producción literaria y durante su estancia en Baja California Sur, publicó una importante Memoria sobre la pesca de la perla en la península, fechada en el año de 1857. Pero lo más sobresaliente para nosotros, fue la publicación de la novela "La Campana de la Misión", cuyo argumento se ubica en Loreto y la isla Ángel de la Guarda. Publicada en 1894, esta novela está considerada como la primera que se refiere a Baja California.

Además, y esto justifica la presentación, Esteva publicó en 1902 la novela corta "La Concha del Diablo" conocida por nosotros como la leyenda de "El Mechudo". Gracias a la buena disposición de mi pariente y paisana, doña Carmen Boone Canovas, es que conocimos una copia del original que se guarda en la biblioteca de la Universidad de California, Estados Unidos. Aunque por mi cercanía con la familia Esteva, hace años que conservo un ejemplar de esta obra, misma que ha servido para conformar la presente edición.

La producción literaria de este escritor veracruzano corresponde al género romántico que se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX, aunque en la poesía su formación fue clásica. Fue miembro de la Academia de Letrán, institución que promovió la mexicanización de la literatura. Con la publicación de "La Campana de la Misión" y "La Concha del Diablo", José María Esteva ocupa por derecho propio un lugar de privilegio en las letras sudcalifornianas.

Debo agradecer el interés del profesor Leonardo Reyes Silva, Cronista del municipio de La Paz por apoyar la publicación de esta obra, y a la Licenciada Rosa Delia Cota Montaña, Presidenta del H. XIII Ayuntamiento de La Paz, por su preocupación en difundir la cultura y el arte en su municipio.

Jorge Espinoza Esteva

INTRODUCCIÓN

Por referencias históricas de nuestra entidad conocía ya el nombre de José María Esteva. Los libros de Adrián Valadez y el de Pablo L. Martínez, hacen referencia a este funcionario que llegó a la ciudad de La Paz en 1856 en su calidad de Visitador General de Rentas. En 1857 ocupó temporalmente el puesto de Jefe Político y en ese mismo año regresó al interior de la República. Pero hasta allí.

Interesado en saber un poco más de este personaje me puse en contacto con la estimada amiga Carmen Boone Canovas y con sorpresa me enteré que era su pariente y veracruzano al igual que ella. De inmediato me mandó sus datos biográficos y las obras literarias que había producido, entre ellas la novela de contenido bajacaliforniano “La Campana de la Misión” y la leyenda “La Concha del Diablo”. La primera fue reeditada por la Universidad de Jalapa en 1998, y la segunda a la que voy a referirme en especial, escrita en 1869 en La Habana, Cuba, nunca pudo ser editada. En 1902 apareció en la ciudad de Xalapa un libro conteniendo “La Concha del Diablo” complementada con “Impresiones de un viaje” “Miguel Jipes” y otras composiciones.

El original de esta novela cuya copia doña Carmen tuvo la gentileza de enviarme, se encuentra en la biblioteca de la Universidad de California ignorando como fue a dar a ese lugar. Pero al leerla, pude darme cuenta que su contenido se refiere a una leyenda que aquí conocemos como “El Mechudo”. Y como toda obra importante me pareció oportuno publicarla con el permiso, claro, de la institución americana. En eso estaba cuando conocí aquí en La Paz al Licenciado Jorge Espinoza Esteva, bisnieto de José María, quien enterado de mi interés por la leyenda me platicó que él tenía, desde hace muchos años, una copia de ella. Es la misma que hemos utilizado para la presente publicación.

La leyenda de “El Mechudo” forma parte de los relatos tradicionales de Baja California y de siempre se ha atribuido a Adrián Valadez como su autor al igual que otras como “El Coromuel”, “La Perla de la Virgen” y “La Casa Colorada”. Estas leyendas las dio a conocer en 1912 en una modesta edición a la que llamó “Tradiciones, tipos y paisajes”, aunque antes ya habían aparecido en el periódico “El Correo de La Paz” a finales del siglo XIX.

Por su parte, el Licenciado Manuel Torre Iglesias en su libro “Sudcalifornia en la leyenda y en la historia” publicado en 1980, recrea la misma narración pero alterando un poco su contenido, aunque en el fondo se trata de un indígena--.Whama le llama él—que murió ahogado por culpa de su blasfemia. Atado en su cintura tenía un cestillo de alambre lleno de conchas gigantes. Al abrirlas encontraron una perla negra opaca de quince kilates. Para los indios loretanos la virgen había vengado el maldito deseo del hechicero.

“La Concha del Diablo” amplía la leyenda relacionándola con un viejo pescador que encontró por casualidad un rico “Placer” ubicado en la punta del Mechudo. Buceando en ese lugar encontró tres hermosas perlas que regaló a los padres de la misión de Loreto para que adornaran la imagen de la Virgen. Días después desapareció y nunca pudieron encontrarlo y ni tampoco el lugar donde se encontraba el “Placer”. Pasaron poco más de 20 años y en el puerto de Guaymas un joven recibió de su abuelo moribundo la confesión de la situación exacta donde se localizaba el rico tesoro. Con una Armada compuesta de varias canoas e indígenas yaquis, llegó el lugar y se dispusieron a la pesca de las conchas perleras. Y fue en ese momento cuando uno de los indios lanzó el reto de que él iba a sacar una perla para el Diablo.

En la geografía de la península, la punta de “El Mechudo” se localiza en la bahía de La Paz y puede llegarse a ella por el camino que conduce al poblado de San Evaristo, pasando por San Juan de la Costa, El Junco, Las Ánimas, El Guano, la bahía del Coyote, El Coyote y Ensenada Verde. En la ensenada de El Mechudo desemboca el arroyo del mismo nombre.

El nombre de El Mechudo es muy antiguo. En 1821 se adjudicó este sitio al señor Luis Álvarez concedido por las autoridades de Loreto y en 1857 se validó este título por el gobierno federal. Pero la importancia de este lugar radicó en sus riquezas marinas por los “Placeres” de conchas perleras que ahí se encontraron. Cuando a partir de 1850 se delimitaron las zonas para la pesca de este molusco, una de ellas comprendió desde El Mechudo hasta la isla Coronado. Y todavía en 1884, esta zona que ahora llegaba hasta la isla del Carmen estaba considerada como una de las más productivas.

Todos estos antecedentes debieron servirle a Esteva para elaborar en 1857 su “Memoria para la pesca de la perla en la Baja California” y por consecuencia la narración de “La Concha del Diablo”. Habrá tiempo para analizar más detalladamente el papel protagónico de este personaje en la explotación de las perlas en Baja California Sur.

Por último, y con referencia a esta leyenda, el autor utiliza el vocabulario de esa época y por eso es diferente al lenguaje actual. Además su estilo es de mucha meticulosidad tal como se acostumbraba en la literatura de esos tiempos. Y cosa curiosa, su obra está dedicada a las mujeres a las cuales les rinde un homenaje al inicio de la misma. Independientemente del interés de la leyenda en sí, creímos importante respetar en todo su contenido, como un reconocimiento al gran escritor que fue José María Esteva.

Leonardo Reyes Silva

Capítulo primero

Supongo que vosotras, amables lectoras, fatigadas alguna vez con la lectura de artículos serios sobre ciencias y artes, deseareis en nuestro periódico algo que os distraiga, que satisfaga vuestra curiosidad femenil, que os conmueva, que os haga llorar si queréis; algo, en fin, dirigido al corazón, esto es, dirigido exclusivamente a vosotras que sois, sin duda, el corazón de la humanidad. El hombre estudia para alcanzar el adelanto de las ciencias o el desarrollo progresivo de las artes; trabaja para conseguir el sustento de la familia u obtener una fortuna que asegure su porvenir; su misión en consecuencia es más árida que la vuestra, y para llenarla cumplidamente le basta la cabeza, asiento de la inteligencia, y la fuerza física resultado de su natural organización. Vosotras tenéis una misión más dulce que llenar, por que es una misión toda llena de amor, toda llena de abnegación y ternura; vosotras hacéis la felicidad de vuestro hogar, conservando puro el sentimiento religioso, educando a vuestros hijos en los principios de una sana moral, rodeando a vuestro esposo o a vuestros padres de las atenciones y de las delicias de vuestro cariño, consagrándolas, en fin, al ejercicio de todas las virtudes. Vosotras, en esa sociedad que formáis, a la vez formando la familia, lleváis por donde quiera la alegría para todas las tristezas, el consuelo para todos los dolores, la caridad para todas las desgracias; allí donde el hombre se reúne para dar tregua y descanso a la aridez de su estudio o a la fatiga de su trabajo, sois vosotras las que animáis su espíritu, las que refrescáis, digamos así, su inteligencia, las que llenáis con las dulces miradas de vuestros ojos de un fluido magnético la atmósfera en que respira; allí donde la humanidad gime bajo el peso de sus dolencias, sois vosotras las que les prodigáis las atenciones más delicadas, las que preparáis los alimentos más confortables, las que prodigáis los consuelos más dulces. Vuestras manos son las que ofrecen un pedazo de pan al desgraciado mendigo para satisfacer su hambre, o un poco de agua para saciar la sed. Vosotras sois, en fin, la que desde la cuna hasta el sepulcro acompañáis al hombre como si fuerais el ángel de su existencia, alimentándolo y amparándolo en su niñez;

educándolo y dirigiéndole en su juventud; sosteniéndolo y confortándolo en su vejez. Para cumplir, en consecuencia, vuestra misión celestial os basta vuestro corazón, que es el asiento de todos los sentimientos y el manantial de todas las virtudes. He aquí por que os digo que sois vosotras el corazón de la humanidad, porque todas las cuestiones de sentimiento os pertenecen, y todo lo que la humanidad goza y todo lo que la humanidad embellece le viene de vosotras; es muy justo, pues, amadas lectoras, que en las columnas del “Ateneo” haya algo que os entretenga, algo que os distraiga, algo que hable al sentimiento, aún cuando ese algo de aquellas que los hombres sesudos, acostumbrados a la gravedad de sus estudios, llamen o puedan llamar frivolidades.

Os decía yo, y si no os lo decía lo digo ahora, que voy a contaros una historia espantosa; espantosa porque en ella intervino el Diablo, personaje que sin duda alguna os habrá asustado desde que erais niñas; es una historia que, a la verdad, parece cuento; pero de cuya autenticidad responde toda una generación, que ha dejado consignado en un lugar y con un nombre el recuerdo funesto del terrible acontecimiento.

Allá en México, en mi hermoso y desgraciado país, existe un lejano Territorio que se llama Baja California, de cuya apartada y poca conocida región ya tendré ocasión de hablaros con frecuencia: la Capital de ese Territorio es la ciudad de La Paz, puerto de mar que le da su nombre a la gran bahía que al oeste de la embocadura del Golfo de Cortés, en el Mar Pacífico, ofrece algún abrigo a los buques que de vez en cuando transitan por aquellos tranquilos, solitarios y lejanos mares.

Esa extensa bahía que tiene un área de 40 a 50 leguas, , está abrigada por la isla Espíritu Santo de unas 5 leguas de longitud la cual, situada en la embocadura, ofrece dos entradas a la gran bahía, una al Norte y otra al Sur de la mencionada isla; la del norte, que es a la que voy a referirme la forman por un lado el cabo de la isla cuyo nombre no recuerdo en este momento, y por el otro, esto es por el lado del continente , un promontorio de rocas altas, áridas, salpicadas de algunos cactus espinosos y gigantescos, cuyo lugar se llama “El Mechudo”. Y que conocéis aunque vagamente la topografía, voy a referiros la historia.

En julio o agosto del año de 1857 costeaba yo la gran bahía en una pequeña chalupa ballenera; a los dos días de habernos desprendidos de La Paz se nos acabó el agua, y en la necesidad de proveernos de ese líquido tan necesario a la vida, caminábamos día y noche, muy próximos a la tierra, haciendo frecuentes desembarcos en cada punto en que alguna lejana palmera o alguna mayor vegetación de la que en lo general existe en aquellos terrenos áridos y desiertos, ofrecía alguna esperanza a nuestra sed abrasadora. Después de una noche y un día de inútil fatiga, pues una tras otra se fueron, con el desengaño, desvaneciendo todas nuestras esperanzas, nos resolvimos a atravesar el anchuroso canal, para buscar en la próxima isla de Espíritu Santo algunas de las armadas de buceadores de perlas que, en esa época del año recorren los Placeres a lo largo de la costa oriental de la península. Serían las ocho de la noche, la luna alumbraba débilmente y el coromuel, viento nocturno de aquellas regiones, soplando con fuerza y agitando extraordinariamente las aguas del mar, ponían en peligro a cada paso a nuestra frágil y pequeña embarcación. El patrón de ella, californio de unos 50 años de edad y hombre sumamente prudente y práctico en negocios de mar, fue de opinión que si no queríamos perecer, deberíamos esperar para hacer la travesía a las primeras horas de la mañana. Tal vez vosotras no sabéis lo que es esperar cuando la sed tiene secas nuestras fauces, y cuando el temor de buscar en vano el preciado líquido tiene abatido nuestro espíritu; esperar cuando el amor nos alienta, es puramente aplazar nuestros goces; esperar cuando vemos la fortuna en lontananza en ejercitar un poco la paciencia; pero esperar cuando la sed nos abrasa es prolongar la agonía, probar el martirio de los santos, sentir la muerte con todos los horrores. Sin embargo, amables lectoras, esperamos, porque nuestra desesperación, no obstante esa agonía y ese martirio y esa muerte de que os he hablado, exagerando un poco, quizá, nuestra situación, no llegaba al extremo de preferir lanzarnos al abismo.

Para esperar unas cuantas horas no hubiéramos podido escoger otro lugar mejor al que habíamos regresado, pues era precisamente el punto llamado “El Mechudo”. Este lugar lo forma una ensenada pequeña y abrigada por las altas y acantiladas rocas de la ribera, lo cual hace que las aguas estén allí completamente tranquilas y con una superficie tan tersa como la de un cristal.

Confieso que me hubiera sido mas grato esperar allí recostado sobre la borda de nuestra pequeña chalupa, que volver a saltar a tierra, donde la tranquilidad para poder reposar un rato os parecería completamente motivada, desde que hubierais visto a los marineros encender algunas fogatas, y tomar alarmantes precauciones para ahuyentar a los leones vagabundos que merodean en gran número por aquellas desiertas tierras, inmensas y solitarias playas. Pero no me fue posible conseguir mi deseo; debe haber algo espantoso en aquel lugar, pues desde que nuestra barquilla se deslizó tranquila por el remanso que formaban las aguas de la pequeña ensenada, noté un desasosiego, un disgusto, una inquietud tan perceptible en los marineros y en el viejo californio que llamaron mi atención, figurándoseme hasta que el último se santiguaba silenciosamente, procurando, para hacerlo, recatarse de mis miradas.

¿Qué es lo que sucede?—le pregunté, aparentando la mayor indiferencia.

--Seguramente no sabréis—me respondió él—que el Diablo anda por este lugar, pues tal vez ignoráis lo que dio origen al nombre que lleva.

Los marineros me hicieron comprender con un gesto que afirmaba lo que decía el patrón, que estaban iniciados en los secretos de aquel misterio espantoso.

No quise insistir, pues, en mi deseos de permanecer anclados en aquel remanso, porque lo único que nos hubiera faltado en nuestra desesperante situación, habría sido tener que habérnosla con el mismo Diablo; de manera que cedí al empeño de volver a la orilla agitada, y de emprender por tercera o cuarta vez la enojosa tarea de atracar y varar la embarcación, de encender nuestras lumbradas, y de escoger el sitio más a propósito para reposar un rato, con el sobresalto que era natural al temor de vernos acometidos por alguna leona rabiosa. Entre una leona rabiosa y el Diablo, confieso francamente que hubiera yo deseado mejor, o más propiamente dicho, temido menos, un encuentro con el segundo porque, al fin, hubiéramos podido entrar en explicaciones; pero no eran de la misma opinión los demás tripulantes, y ni el asunto ni las circunstancias eran de aquellas en que, con una insistente contradicción, debiera ponerse a prueba el

respeto y la obediencia de los subalternos hacia la persona que podía mandarlos. Cedí, al parecer, sin gran trabajo, y salimos silenciosamente del remanso, atracamos a tierra y desembarcamos.

Pero la continuación, amables lectoras, la veréis en el próximo número de "Ateneo", porque temo fatigaros con la lectura de un extenso artículo. Vosotras os adormecéis con largas narraciones; vivís de prisa y os gusta, como las mariposas de vuestros jardines, tomar la gota de miel donde la encontráis, sin reposar largamente sobre la flor que ha podido ofrecérosla. Tened pues, un poco de paciencia y esperad; si os desagrada hacerlo recordad, os lo ruego, que interrumpo mi narración en gracia vuestra, y que al interrumpirla, espero yo también, y espero agobiado con una sed abrasadora en una de las más lejanas, estériles y solitarias playas de mi patria.

Capítulo segundo

Acosado por una abrasadora y detenido por el fuerte coromuel que soplabá, me dejasteis ayer en las playas de la California y en un lugar muy próximo al punto llamado “El Mechudo”, que tanto espanto causaba a los demás tripulantes de mi pequeña embarcación; me dejasteis con la curiosidad de saber la historia de un horrible misterio, y un tanto intranquilo por las fieras que vagan por aquellos lugares apartados.

Suponedme aún allí, sentado en la orilla del mar sobre uno de los muchos maderos que durante el invierno arrojan los fuertes vientos sobre la costa, y contemplando tristemente, a la débil luz de la luna, aquella vasta soledad en la que no se escucha ningún ruido, ni se percibe en lontananza cosa alguna que indique la existencia de seres humanos. Nuestra chalupa está varada en tierra para librarla de la reventazón de las olas, y los marineros, después de encender dos o tres fogatas, vagan como sombras por la ribera buscando maderos secos con que alimentar aquel fuego protector.

El patrón se había aproximando a mí, como si desease entablar conversación y referirme lo que ya el había conocido y yo tenía curiosidad de saber.

--Vamos Manuel—le dije al californio—tú me has asegurado que el Diablo anda muy cerca de estos lugares. ¿Puedes decirme por qué tienes esa creencia?

--Oh, no es solo creencia mía—me respondió tranquilamente, sacando de una de sus bolsas una pipa y aproximándose para encenderla a la fogata más próxima—Aquí, en “El Mechudo” existe el Placer más rico de la California: es un placer enteramente virgen y bastaría bucear en él una semana para sacar mas perlas que todas las que se dice enriquecieron al difunto Ocio; pero ya podríais ofrecer todo el oro del mundo al mas infeliz de los buzos, y no se atrevería a sacar de este placer una sola concha.

--Pero bien—le repliqué--¿qué conexión tiene con la circunstancia de estar el Diablo por este punto y ser éste el Placer más rico del continente, con el nombre de “El Mechudo” con que se le conoce?

--Eso es precisamente lo que os contaré, si tenéis bastante paciencia para escucharme—dijo sentándose en el otro extremo del tronco en que yo estaba.

--Con mucho gusto te oiré por que me interesa el asunto—le añadí, no pudiendo ocultar mi impaciencia por saber el extraño misterio.

Los marineros fueron aproximándose poco a poco a nosotros y el californio, después de darle dos o tres fumadas a su pipa para encenderla, comenzó su narración:

“A mediados del siglo pasado—dijo---existía en la Misión de Loreto un pobre viejo a quien llamaban el tío Joaquín. Este viejo era español, y había estado desde que vino a California al servicio de las Misiones. Se ocupaba algunas veces en la pesca de carey, con la licencia de los Padres Misioneros, y otras se iba con su canoa a la isla del Carmen, y volvía después a la Misión conduciendo de aquella salina la sal que había podido cargar en su pequeño barquichuelo; su ausencia, a veces, era de ocho a diez días, pero no se extrañaba por las circunstancias mismas del tráfico en que se ocupaba. Un día se presentó a unos de los padres de la Misión llevándole tres hermosas perlas para que fueran puestas como adorno en el traje de la Virgen; aquellas perlas llamaron la atención por que eran las más hermosas, sin duda, que habían producido los Placeres desde su descubrimiento o explotación. Las perlas eran entonces poco apreciadas en California, pero aquellas tres perlas tenían un valor inestimable por su forma regular, por su oriente y por su tamaño. Sorprendidos los Padres Misioneros por ese rico presente que ofrecía a la Virgen el pobre del tío Joaquín, trataron de averiguar su procedencia. El tío Joaquín con la franqueza de un hombre honrado los refirió que, ocupado en la pesca del carey había expedicionado a lo largo de la costa, al sur de la Misión; que una tarde, después de terminar su acostumbrada tarea, varó su canoa y saltó a tierra, como lo hacía frecuentemente al fin de cada día, para descansar en las primeras horas de la noche; pero que habiendo todavía bastante luz, pues era la

hora en que el sol descendía a su ocaso, quiso ver si mataba algún animal que le sirviera de alimento en aquella noche, y que al efecto, tomó su escopeta y se encaminó a lo largo de la costa; que al llegar a un punto de ella, observó que dos aves marinas posaban en un pequeño remanso que formaban las aguas, y que de vez en cuando se sumergían y volvían a poco a la superficie, en la cual permanecían tan tranquilas, no obstante su aproximación como si no temieran el menor daño; que él, considerando seguro el tiro sobre aquellas aves, descargó su escopeta y mató a una de ellas. El tío Joaquín agregó a los padres, que al volver con su presa al lugar en que había dejado la embarcación, su asombro no tuvo límites, cuando después de desplumar y de abrir el cuerpo de aquella ave, le encontró en el buche, entre algunos desperdicios de animales recién engullidos, una hermosa perla, grande como el huevo de una paloma; que inmediatamente supuso que la perla provenía del sitio mismo donde había encontrado a las aves, y que al día siguiente se fue con su canoa a aquel lugar y buceó para reconocer el fondo, quedando sorprendido de la cantidad considerable de conchas que encontró en él; que al salir con la intención de volver más tarde y mejor prevenido, tomó las dos primeras conchas que pudo haber en las manos, y que en cada una de dichas conchas encontró una perla igual a la que el ave marina tenía en el buche; que suponiendo que la Virgen de Loreto, de quien era muy devoto, era la que le había proporcionado el hallazgo de un Placer tan rico y que nadie conocía ni había explotado aún, hizo la intención desde aquel momento de ofrecerle esas tres hermosas perlas, concluyendo con asegurarles que como en su edad no tenía ya ambición, después del presente que ofrecía a la Virgen, solo esperaba para dar a conocer el lugar donde se encontraba el Placer, egresar de un segundo viaje que pensaba hacer a él para extraer algunas conchas que le asegurasen la subsistencia para el resto de sus días. Al día siguiente de esta conversación salió el tío Joaquín en su pequeña canoa; pasaron 8, 10, 20 días, un mes, y el tío Joaquín no regresaba; su tardanza empezó a infundir sospechas a los Padres de la Misión, que como las muchas personas que habían sabido el rico hallazgo del pobre viejo y se interesaban en su vuelta, esperaron en vano su regreso. El tío Joaquín no volvió nunca”

“No tardó en saberse del hallazgo de las tres hermosísimas perlas, la de la aventura del tío Joaquín y la de su desaparición de Loreto; algunos suponían que se había ahogado; otros que había sido devorado por algún león; otros pretendían que podía haber sido asesinado por alguno de cuya ayuda tuvo que servirse, y que quiso con la muerte del pobre viejo asegurar el secreto del lugar donde existía aquel rico tesoro. El caso es que boca en boca se empezaron a referir, exagerándolo cada día más, las riquezas de aquel virgen y codiciado Placer que existía, sin duda, en la California, pero nadie sabía en que lugar, desde que la probable muerte del tío Joaquín vino a sellar en sus labios el secreto de su existencia”

“Conjeturaban algunos que estaría en las playas de la isla del Carmen; otros creían que podía encontrarse en las tranquilas aguas del puerto de Pichilingue, próximas a Loreto, los más tenían motivos para asegurar, por el tiempo que el tío Joaquín solía tardar en sus correrías, que el codiciado Placer estaba en la isla de San José. El caso es que se formaron multitud de expediciones, y que se registraron, aunque en vano, por algunos años, todas las playas comprendidas en las 60 u 80 leguas que hay desde la isla del Carmen hasta la de San José, que como vos mismo podéis ver tenemos muy próxima. Todas las tentativas fueron inútiles, y pasaron 10, 15 y 20 años sin que dicho Placer pudiera ser encontrado, ni se supiera una sola palabra de lo que había motivado la misteriosa desaparición del tío Joaquín. Muchos años después del suceso, llegó por fin a encontrarse el tanto tiempo buscado Placer: es éste conocido con el nombre de “El Mechudo”, que está con todas sus riquezas a cincuenta pasos de nosotros. Ahora voy a referiros como se encontró, y como Dios y la Virgen castigaron la codicia del hombre que debió, con su hallazgo, hacerse poderoso”

“Veintiocho o treinta años habían pasado después de la desaparición del tío Joaquín, cuando moría en Guaymas un viejo llamado Patroli; este viejo tenía un hijo joven ya de 25 años, y al morir lo llamó a su cabecera.”

Pero toco los límites destinados en el periódico a esta clase de trabajos, y me es forzoso abusar de vuestra indulgencia con una nueva interrupción. Hasta cierto punto y hablandoos con toda la verdad, no me pesan

estas interrupciones que me obligan a formar un capítulo de cada una de ellas, porque si mi narración os cansa, encuentro muy conveniente que toméis aliento para seguir escuchándome, y si ello ha podido interesaros, bueno será que, como se café con ciertos vinos, la paladieis para tener el gusto de saborearla.

Capítulo Tercero

“Si mal no recuerdo, y muy desgraciada sería mi memoria si no la recordase bien, dejamos en el Capítulo anterior al viejo Patroli llamando en sus postreros momentos a su hijo Ernesto, quizá para encargarle el cumplimiento de su última voluntad, quizá para hacerle antes de morir alguna revelación importante. Oigamos pues, al moribundo, que es que habla:

“—Ernesto—le dijo—voy a revelarte un secreto que guardo cuidadosamente ha mas de 30 años. Circunstancias que no necesitas saber ocasionaron la muerte de un pobre hombre y a mí el conocimiento de un tesoro que está aún oculto entre las aguas del mar, sin haberlo podido extraer durante tan largo tiempo, por el temor a la justicia de los hombres. Cuando yo muera, formarás una “Armada” de buzos, y te dirigirás con ella por la ensenada de Burros, entre la isla San José y el continente de la California, hasta el punto donde dobla la costa para formar la bahía de La Paz. Inmediatamente después de doblar, costeando siempre, verás un promontorio de rocas destinado por la naturaleza para abrigar una pequeña ensenada; en esa ensenada, Ernesto, está el rico y codiciado placer que en vano a sido buscado durante 30 años, y del que quizá habrás oído tú hablar mucho. La riqueza de ese Placer es inmensa; aprovéchate tú de ella; pero te ruego, o mejor dicho, te mando hijo mío, que el día que dediques a la Virgen, según la costumbre establecida entre los armadores, sea el primero en que efectúes la explotación del Placer. Cuando seas rico, que lo serás muy pronto, manda a decir cada mes algunas misas por mi alma para que Dios me perdone y...escucha...añadió el moribundo apagando el sonido de sus palabras—si aún encuentras en aquellas playas solitarias los huesos calcinados por el sol de algún ser humano...Ernesto, dales sepultura”

“Ernesto, aunque afligido, se separó del lecho de su padre lleno de esperanzas para su porvenir, y poseído al mismo tiempo de un vago terror por el misterio que encerraban las últimas palabras del moribundo”.

Terminaba el mes de junio cuando el viejo Patroli exhaló el último suspiro; y en los primeros días de julio disponía ya Ernesto la salida de la expedición. La “Armada” compuesta de 20 buzos, indios todos yaquis o mayos de las costas de Sonora, se desprendió del puerto de Guaymas en una lancha y cinco grandes canoas. El buen tiempo les favoreció en la travesía del Golfo de Cortés, y al día siguiente alcanzaron las costas de California a la altura de la Misión de Mulegé. Según las prevenciones del moribundo, siguió Ernesto a lo largo de la costa, y en el transcurso de algunos días dejaron atrás sucesivamente las islas de Coronado, del Carmen, de Moncerrate, de la Catalana y de Santa Cruz, llegando al cabo norte de la isla San José; allí tomaron la ensenada de Burros, y vinieron frente a la pequeña isla de San Francisco, a doblar por este cabo que tenemos tan inmediato. Ernesto, para no dar nada a sospechar con su venida directa al Placer, cuya existencia le había revelado su padre, hizo que la expedición continuara hasta la isla de Espíritu Santo y allí dispuso que tomase asiento la “Armada”

“El joven hijo de Patroli no pudo dormir en toda la noche: la perspectiva de una inmensa riqueza tan fácilmente conseguida, lo hacía perderse en mil proyectos para sus venideros días, y antes que los primeros rayos del sol tiñeran de púrpura el Oriente, se desprendió de la isla dejando en ella a un hombre para que cuidase de la lancha que contenía los víveres. Con los restantes buzos hizo en las cinco canoas y en pocas horas, la travesía que nosotros en sentido inverso hemos temido hacer esta noche, dirigiéndose, ya directamente, a la ensenada formada por el promontorio de rocas que se le había indicado”.

Al verse Ernesto sobre las aguas del rico Placer, pensó con disgusto en la condición que le había puesto su padre, e inspirado seguramente por su codicia, calculó que si el primer día había de ser para la Virgen, bueno sería no sacar tantas conchas como se pudiera, para tener mayor riqueza que extraer en las siguientes. Los buzos pusieron sus canoas en el orden conveniente; como ya habréis visto, estos indios yaquis que se ocupan en el buceo son ordinariamente

altos, de enjutas carnes, y se dejan crecer el pelo lacio que tienen hasta que les cae sobre la espalda, con el objeto de que sus largas cabelleras los defiendan de los rayos del sol, cuando en su penoso ejercicio se están horas enteras sobre la superficie del agua. Cuando el sol había subido un poco, y sus rayos cayendo oblicuamente, daban bastante claridad al plan del Placer, diez y nueve indios enteramente desnudos, y solo cubiertos con el pequeño delantal que conocemos con el nombre de “Sapeca”, esperaban de pie sobre la borda de las canoas la orden para empezar la faena. Entonces Ernesto les dijo que ese día fuera dedicado a la Virgen y que, como los suponía cansados aún por el trabajo de los días anteriores, la tarea sería corta y se reduciría a que cada hombre sacase una concha para la Virgen. Quizá los buzos, acostumbrados a extraer 6, 8 y hasta 10 conchas en una zambullida, les pareció extraña la prevención, pero callaron, y diciendo después festivamente “vamos a sacar la perla de la Virgen”, se fueron uno detrás de otro arrojando al mar. Un indio yaqui, notable por su fealdad, más alto y flaco que los demás, y con una cabellera tan lacia y larga que hacía verdaderamente espantosa su figura, al arrojar al agua dijo en tono burlón:-- “puesto que todos vais a sacar la concha de la Virgen, yo voy a buscar la concha del Diablo”.

“Ernesto, recostado sobre la borda de una canoa, vio sumergirse al último buzo y salir alternativamente a los demás, trayendo cada uno de ellos una hermosa concha; la tarea terminó bien pronto; pero el yaqui que había bajado, según su dicho, a buscar la concha del Diablo no aparecía; esperaron largo tiempo y esperaron en vano; por lo cual fueron todos de opinión que habría sido devorado por una tintorera. —Castigo de Dios—decían por lo bajo algunos buzos que habían oído las palabras impías de su compañero al arrojar al mar”.

La “Armada” regresó a la isla de Espíritu Santo, y la primera operación que dispuso Ernesto fue la apertura de las conchas extraídas. Sorprendidos por demás quedaron los buzos al ver que de cada concha se extrajo una hermosísima perla, cuando estaban acostumbrados a abrir quince o veinte conchas sin resultado alguno; y Ernesto estupefacto con la riqueza que le ofrecía aquel Placer, paseaba sus ávidas miradas por cada una de aquellas grandes perlas, acariciando

la esperanza de que al siguiente día lo haría poderoso la extracción que se hiciese”

Recogió Ernesto aquellas diez y ocho perlas, que eran un tesoro, y tuvo, quizá, la idea, de cambiarlas por otras de menor valor para presentarlas a la Virgen”.

No amanecía aún el día siguiente cuando Ernesto, acompañado de sus buzos, se desprendió de la isla; llegaron al Placer, y después de tomar algunas precauciones para defender de los tiburones y tintoreras, suponiendo la posibilidad de un ataque por lo que creían había acontecido el día anterior, se fueron aquellos hombres arrojando al agua para empezar su fatigoso trabajo. ¡Cuál no sería la admiración y espanto del desgraciado Ernesto, cuando vio que uno tras otro iban saliendo los buzos aterrorizados sin traer en sus manos ni una sola de las ostras codiciadas. Ellos habían visto en el fondo a su compañero, a quien creían devorado por un animal, buscando empeñosamente algo que no encontraba, pues caminaba por todos lados, inclinado al suelo, con los ojos abiertos y encendidos, con sus grandes mechas esparcidas, y arrojando prontamente hacia los lados las conchas que cogía, como si no fuera ninguna de ellas la que anhelosamente buscaba. Cada buzo que salía decía lo mismo: todos habían visto fatigoso al indio impío a quien creían muerto; todos traían en su semblante la expresión de horror profundo que aquella extraña aparición les había causado, y no fue ya posible que Ernesto consiguiera, ni haciendo uso de los ruegos ni de las amenazas, que volviera a arrojarse al agua ninguno de ellos”.

“Viéndose en la necesidad de volver a la isla, y sin la más remota esperanza de poder hacer uso de aquella gente, dispuso regresar A Guaymas con la idea de volver inmediatamente con otros buzos. Al emprender su regreso, en lugar de tocar en el Loreto para ofrecer a la Virgen el rico presente de que era portador, creyó conveniente diferir la entrega de aquel tesoro, quizá por que su ambición y su codicia lo inclinaban a apropiárselo. La “Armada” llegó sin tropiezo a Mulegé, pero en la travesía del Golfo fue sorprendida por un chubasco tan fuerte del sur, que todas las embarcaciones zozobraron, salvándose a nado y con

mil trabajos Ernesto y sus buzos, pero perdiéndolo todo. ¡ Las diez y ocho hermosísimas perlas habían vuelto al mar de donde salieron!”

“Muy pronto se supo en Guaymas lo acontecido; pronto también corrió la noticia por la California y se prepararon, no sólo Ernesto que como loco iba de aquí para allá reclutando buzos y haciendo prodigios de actividad para formar una nueva expedición y ser el primero en llegar al Placer, sino muchos otros con sus “Armadas” se desprendieron con el mismo objeto de las costas de Sonora y de California”.

“Todo fue en vano; una tras otra llegaron al Placer codiciado hasta diez “Armadas”, y no había un solo buzo que se arrojase al agua, que no saliese al momento horrorizado por la vista de aquel indio mechudo, que con ojos de fuego caminaba por el fondo del Placer, inclinado hacia delante, y arrojando silencioso hacia los lados, en su incesante fatiga, las conchas que iba tomando en sus manos. A nadie le fue posible sacar del Placer una sola concha; los hombres que veían al “Mechudo” se enfermaban regularmente de fiebre, y los nuevos armadores volvieron a sus hogares, lo mismo que Ernesto, desesperados ya de obtener éxito alguno”.

“Sin embargo, de tiempo en tiempo se han repetido las mismas tentativas pero siempre con igual resultado. Han pasado ya muchos años, casi un siglo, y el indio impío, el horrible “Mechudo”, aún está buscando dentro del Placer, con una avidez incansable, la concha del Diablo”.

“No sé si sobre ese lugar pesa alguna maldición de Dios por la misteriosa muerte de Tío Joaquín, pero el caso es que la historia que acabo de contarosny de cuya autenticidad respondo—agregó el Californio—es la que ha dado lugar al nombre de “El Mechudo” con el cual se conoce hoy este punto de la costa donde aún existe tan rico Placer”.

Terminó el Californio su relación, que silenciosos habían escuchado los marineros sentados en torno nuestro, y cuando ya para despuntar la aurora, y la mar enteramente tranquila por haber amainado el “Coromuel” que soplabla, nos dispusimos a emprender la diferida travesía para alcanzar la isla de Espíritu Santo,

que teníamos a cuatro o cinco leguas de nosotros, donde esperábamos encontrar los medios para satisfacer nuestra sed abrasadora.

Al deslizarse nuestra embarcación sobre las aguas del Placer, tuve la intención más de una vez de dirigir la vista al fondo del mar para ver si distinguía, aunque fuera, los ojos de lumbre del incansable “Mechudo”, pero el pavoroso silencio que guardaban los marineros, a quienes me pareció ver santiguarse en aquellos momentos, hubo de comunicarme el temor de que ellos iban indudablemente poseídos, por lo que fijé mi vista en las estrellas, como si no hubiese apercibido de que a algunas varas debajo de nosotros andaba el indio maldito buscando, aún con incansable constancia “La Concha del Diablo”

